

cerrada se le veía al estirarse que el espíritu hidalgo de su pueblo, del que no quería acordarse, le mantenía erguido. No alternaba en el barrio —no faltaba más—, pero se iba todas las primas noches al café de España, el mejor del barrio, el más grande, el más señorial, de Atocha esquina a Matute, con su planta alta de juego donde los señores del contorno y aún de más allá, pasaban la velada viéndolas de venir.

La comidilla política, del mismo estilo que la de Alcázar, tranquila, acomodaticia y desinteresada, se mantenía en este café con preferencia al de Zaragoza que estaba más abajo, esquina a la calle de León, después reducido a bar y en todo tiempo tenido por menos serio a causa de la presencia continua de mujeres fáciles. Antón Martín era el centro de los comentaristas, como lo era la Plaza de Cascorro y la del Progreso en sus respectivos barrios. Predominaba el espíritu liberal con ausencia total de toda clase de demagogias que se mantenían alejadas de estos barrios, pundonorosos y románticos dentro de su relajación. En el mismo corazón de éste, Santa Isabel semiesquina a Magdalena, estaba la barbería de Salazar, en un entresuelo, donde su hijo leía el periódico en alta voz y cepillaba a los parroquianos. Se hablaba de lo bien que leía y con el tiempo fué ministro de la Gobernación con Lerroux.

Raboso, el médico Don Toribio Fernández Morales y el dueño de la botica del Globo, eran los caciquillos del barrio, con el célebre alcalde de Madrid Don Alberto Aguilera que vivía en la calle de la Magdalena, todos liberales. Los actos públicos de propaganda se celebraban en el teatro madrileño de la calle de Atocha; los cines no existían, o en el de Barbieri de la calle de la Primavera, en el cual ocurrió aquel incidente sainetesco que recogió la pluma castiza de López Silva, que estando el teatro apiñado de arriba abajo, uno de los oradores, en un alarde de fogosidad proletaria, al principio de las campañas socialistas, dijo aquello de

—¡Que nos están chupando la sangre!

Y una voz del gallinero le respondió, en medio del silencio, con una de esas frases de doble sentido, tan madrileñas y tan expresivas, que el lector avisado estará adivinando y se originó tal guirigay de risas y aplausos, que de hecho acabó con el acto porque nadie hizo caso ya de lo que decían desde el escenario.

Vestía José María de capa y sombrero y en la cuesta arriba de la Torrecilla del Leal, tenía una figura más esperpéntica que la del mismo Valle Inclán, más alta, más desgarbada y mucho menos calificada. Como el hombre era progresista de los de integridad absoluta, la mujer no se determinaba a bajar a San Lorenzo a pedirle a Santa Rita y la cosa siguió así definitivamente y la rubia cada día más hermosa, más seria y más zarandeada por la vecindad. Verdad es que verla salir con la falda de capa y pañuelo de crespón era para seguirla hasta el infierno, pero ¿dónde iba cuando salía de su casa después de la media tarde? He aquí el problema. Se la podía tolerar que fuera donde quisiera, porque vivía con su madre y la mantenía, pero tanto silencio, tanta reserva, no se podía consentir sin suponer que había gato encerrado, porque ¿de qué vivían esta madre y esta hija tan decorosa aunque modestamente? Ni las planchadoras burriciegas que vivían en la tienda, parientas de Don Ruperto Chapí, el ilustre autor de La Revoltosa y que bastante tenían con sus almidonados, se resignaban a no saber dónde iba cuando salía de punta en blanco por las tardes.